

Año tras año, cuando llega el primer Domingo de Cuaresma, escuchamos de nuevo cuando Jesús se adentra en el desierto. Y mientras que la Biblia está llena de relatos con retiros espirituales—el de Moisés que pasa cuarenta días en el Monte Sinaí; el del profeta Elías que pasa cuarenta días en el monte Carmel—Moisés y Elías lo hicieron para su preparación en la misión que les fue dada por Dios, para Jesús este retiro es diferente. Jesús en su bautismo oyó a la vez la voz de Dios que lo proclamó "mi Hijo amado" y al mismo tiempo su misión de inaugurar el Reino de Dios en el mundo. Este viaje al desierto es totalmente diferente que cualquier otro.

En primer lugar, Jesús *fue conducido por el Espíritu al desierto* (Lc. 4: 1). La decisión de ir al desierto no fue una cuestión de voluntad de Jesús, sino su obediencia a la voluntad de su Padre. En segundo lugar, se nos dice la razón del porqué fue conducido al desierto: *donde fue tentado por el demonio* (Lc. 4: 2). ¿Por qué Dios pidió esto, y luego que permitiera una cosa así? La respuesta es: para mostrar la completa identificación, la completa participación de nuestra naturaleza humana, la que Jesús asumió. Uno de los mensajes más poderosos de la vida que Jesús nos dejó, es que nadie está exento del poder del tentador, ni siquiera el mejor de nosotros—posiblemente y especialmente no el mejor de nosotros. Todos somos vulnerables a la tentación.

Las vituperencias del diablo estaban enmascaradas en la más noble de las intenciones—tentaciones dignas para el Hijo de Dios. Estas tentaciones se aprovechan de la bondad de Jesús, y esto nos dice algo del corazón de Jesús. Para Jesús y todos nosotros, la voz del mal suena en forma muy similar a la voz del bien. *"Cuidate a ti mismo". "Salva el mundo". "Prueba tu fe"*. En la superficie ninguna de estas cosas suena particularmente autodestructiva. Sin embargo, las tentaciones más peligrosas son las que suenan como la del bien, las que suenan más como Dios. Cuando somos guiados por nuestra propia sabiduría, por nuestros propios deseos de ver que el bien esté hecho, nos dejamos tentar a tomar atajos para llegar allí, pero siempre nos vamos a encontrar vulnerables a las tentaciones; y cuanto mayor sea nuestro carácter moral, y con más empeño en nuestra fe, encontraremos tentaciones que son hechas más a la medida del caso.

La única vacuna a la tentación es la obediencia. El escape de Jesús del tentador no es una cuestión de sopesar los pros y los contras de cada una de las ofertas del diablo y luego tomar la mejor decisión. Es su propia libre y voluntaria elección *en todas las cosas*, el de someter

su voluntad a la voluntad de Dios, no sólo una vez aquí en el desierto, sino también en cada momento, en cada acción, en cada día de su vida. **"Dice la Escritura: El hombre no vive solamente del pan"**, susurra Jesús, aunque su estómago retumbante no estaba de acuerdo. **"Está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y a él solo rendirás culto"**, Jesús dice, aunque los reinos del mundo y todo ese poder para hacer el bien a su propia manera estaba allí para tomarla. **"Está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios"**, una auto-referencia del que va a ser testado aún en la muerte.

Al final de las tres tentaciones, San Lucas añade un detalle de esta historia que no se encuentra en ninguno de los otros Evangelios y que nos enseña que Jesús tuvo que elegir, no una vez, pero una y otra vez por Dios y contra las tentaciones que vinieron en su camino. San Lucas observa: **"Una vez agotadas todas las formas de tentación, el demonio se alejó de él, hasta el momento oportuno"** (Lc 4:13.).

La experiencia de Jesús en el desierto es un ensayo general para otras tentaciones finales: cuando Pedro, el jefe de los apóstoles y la roca de la iglesia, trata de convencerlo en una forma amable, más suave, de salvar el mundo y que no lo involucrara la cruz, que no involucrara una ejecución, aquí Jesús reconoció la misma voz que le habló en el desierto. Cuando Jesús estaba en la agonía de la cruz, "colgado, golpeado, ridiculizado, maldecido, profanado", solo y abandonado e incluso por sus más cercanos colaboradores, experimentó el silencio de Aquel que él llamó "Abba" / "Padre", muriendo con una multitud gritando pullas contra él y rodeándolo: "Si eres Hijo de Dios, demuéstalo. Baja de esa cruz. Satisface nuestras expectativas de lo que es un rey y lo que es un reino", Jesús escoge una fe ciega en Dios, **"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"**. Entonces y ahora esta es la obediencia. Toda la vida de Jesús es una oración entera: **"Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo"**. El que enseña con autoridad vive bajo la autoridad de la persona que lo envió.

Esto nos retorna a nuestra Cuaresma, que se trata de la obediencia, de la confianza, de la dependencia. Se trata del aprender de ser llevado— o si es necesario, conducido— afuera a un desolado lugar dentro de nosotros mismos en donde nuestras hambres, sueños y nuestros miedos tomarán turnos tratando de callar la voz de Dios. Para aquellas tentaciones podemos orar: **"Estés conmigo Señor, cuando estoy en problemas. Estés conmigo, Señor, te lo pido en oración"**.

Padre Jim Secora